

LUNES DE CALÍNEZ



—¿Lo ves, querido Tobálo? ¿Lo estás viendo, hombre? Al fin resultó una insigne pequeñez, una minúscula solución de todo aquel magno problema de la provisión de la vacante de la primera tenencia de Alcaldía de nuestro municipio. Te lo estaba diciendo y tú sin querer comprenderlo.

—No me conformo del todo, Calínez. Habré de convenir contigo en que algo pequeño é insignificante hubo en medio de esa batallona cuestión, que tantas cosas ha dejado al descubierto. Pero no me negarás, que mi aserto ha quedado en pié; que mis recelos ¡qué digo recelos! evidencias, en cuanto á la falta de jefatura en el mal llamado partido democrático, quedan plena y absolutamente demostradas. ¡Qué triste fin el de un partido, muerto á mano airada por la ineptitud y el capricho.

—Calla, por Dios, Tobálo. Siento mucho oírte hablar en esos términos tan poco respetuosos para la alta dirección de esa política novísima venida de fuera, que como norma de conducta democrática, se le ha ocurrido establecer al juicioso y bien equilibrado espíritu de D. José Canalejas, de quien ya dijo Arpe—no lo pierdas de vista—que es el primer cerebro del mundo ó cosa parecida.

—Mira, Calínez. Será todo lo que tú quieras; pero lo que salta á la vista no es más que una desconfianza ofensiva y deprimente hácia los hombres locales que figuran á la cabeza de la agrupación democrática y una ridícula y torpe idea de otorgar facultades directivas en asuntos extraños á su ministerio, á quien no conoce, ni sabe, ni entiende nada de lo que hace.

—¿Y á tí qué? Déjalos estar así y mira por alto de esas insignificancias y de esas torpezas de perro chico. Aparta tu atención de esos pequeños puntos negros y pasemos á otros puntos.

—Como quieras, Calínez. Ahora me fijo y

observo que también tú te has calado las negras antiparras. ¿No quieres ver claro en esas cosas ó no quieres verlas de ninguna manera?

—Exactamente. Pero hay otra razón que me ha inducido á usar estas anteojeras tan negras. Es que yo me figuro si este bello artefacto que tanto sirve para preservar del sol y del polvo los lindos ojos, como para ocultar tras de los oscuros vidrios, el mirar avieso, el mirar codicioso, el mirar disimulado y que no se puedan conocer en esos luminares del alma ni leerse en su fondo las torcidas intenciones del recóndito pensamiento, será un talisman poderoso para atraer incautos ó espejuelos mefistofélicos para cazar álondras políticas.

—Muy bien dicho. Pero no creo que tú hayas adornado tu rostro angelical con las vidrieras negras para disimular mejor tus astucias.

—Nada de eso. Yo me las he calado por una pueril é inocente idea de hacerme simpático á quien hoy dispone de los destinos de los hombres y de las cosas todas de la vida pública, y además para preservarme del polvo.

—¡Del polvo! ¿Acaso piensas, que con eso te preservas de tan peligroso enemigo? Otros usan las antiparras negras y sin embargo, no quisiera yo para tí ni te deseo nunca, que el polvo te ocasione los graves daños y las funestas consecuencias experimentadas por aquellos que casi, casi, están acometidos de una intensa ceguera.

—Bien. Todo es cuestión de saber montar el aparato sobre la nariz. Yo no temo que mi vista sufra quebranto alguno ni que ese dulce enemigo se apodere de este órgano tan necesario y deleitoso.

—De modo, amigo Calínez, que ya hemos salido de preocupaciones y de cuidados. Ya está la cuestión resuelta y hemos de reconocer que ha triunfado el casto y querido amigo D. Onofre y el púdico y candoroso Espinar, en la batalla librada contra las huestes genuinamente democráticas de D. Ramon Laynez. Es decir; Canalejas y Serrano, vencidos por Silvea. ¡Oh hábil y deliciosa intuición política! ¿No te sonríes del acierto, Calínez?

—¡Y los conservadores bailando de gusto á todo esto!

—¿Por qué lo dices?

—Figúrate que han logrado la conquista de un puesto codiciado por ellos, llevando á él á un pequeño representante de sus tendencias á quien han disfrazado de liberal.